

Gotemburgo,

Destino Final.

Diario de un exiliado boliviano

Mauricio Aira

Con la participación de:

Winston Estremadoiro

Capítulo Segundo Capítulo Tercero

Un libro electrónico de:

 Noticias
bolivianas
.com

Contenido

Capítulo Segundo	1
Tiempos borrascosos	2
Marcelo Quiroga Santa Cruz	3
El día del golpe	3
Soldado, no matarás	5
Las lecturas subversivas de mi padre	6
Capítulo Tercero	8
Fiat voluntas tua	9
¿De la sartén a las brasas?	9
El primo de Pérez Esquivel	10
El Hombre de la Mancha	11
Penurias del exilio	12
La vocación de un exiliado	13

Capítulo Segundo

Tiempos borrascosos

A los ojos de la historia, dicen algunos, la elección de Lydia Gueiler a la presidencia de Bolivia fue el resultado de un forcejeo entre el Congreso y la Central Obrera Boliviana (COB). Algunos parlamentarios sin mayor representación habían promovido el “interinato” —gobierno interino de Gueiler—, sin tomar en cuenta que ya Walter Guevara Arze había sido otro presidente interino sin éxito en la Presidencia. Derrocado que fuera por el golpe del general Alberto Natusch Busch en noviembre de 1979, el repudio popular expulsó al golpista militar luego de diecinueve efímeros y sangrientos días.

El Congreso Nacional, en vez de reponer a Guevara Arze, había derivado en intrigas, maniobras y ambiciones de todo tipo con tal de no elegir Presidente a Víctor Paz Estenssoro. Tal escenario dio como resultado otro gobierno interino, uno sin pena ni gloria y marcado por la debilidad y el oportunismo.

Se cuenta que el general Alberto Natusch Busch, incomprendido derrocador de Walter Guevara Arce, fue quién más influyó para animar a la señora Gueiler a aceptar el interinato. Lo real es que posesionada en el alto cargo, fue el propio Natusch que advirtió a la Presidente sobre la inconducta y las poco disimuladas intenciones del general Luis García Meza de hacerse del poder.

Lamentable es que Gueiler no escuchó a Natusch, dando renovado impulso a continuar con los preparativos de su propio golpe, estando seguro el militar golpista de que el parentesco que decía unirle a doña Lydia, por lo Tejada que les relacionaba, le asentaba firmemente en el alto cargo de Comandante en Jefe del Ejército que ocupaba hasta el fatídico séptimo mes del año 1980.

Según el experimentado actor político de entonces que fue Guillermo Bedregal Gutiérrez, todos los síntomas de inestabilidad estaban dados en contra de la señora Gueiler.

La señora Presidenta había logrado efectivamente presidir la celebración de elecciones. Nuevamente el candidato de la UDP, Hernán Siles Suazo, había triunfado con una amplia pluralidad de votos, aunque sin lograr el 50% de los sufragios emitidos. La elección presidencial, nuevamente, iba a estar en manos del Congreso, el cual tenía programado reunirse en agosto de 1980. No lo haría.

El cruento golpe militar encabezado por el general Luis García Meza destituyó a la Presidenta, desconoció el resultado electoral y estableció una de las más sangrientas y feroces dictaduras, la cual resultó estar en colusión con el narcotráfico, conforme se demostraría un tiempo después.

“El 17 de julio de 1980 es una fecha de vergüenza política y militar en la historia de Bolivia”, escribiría después Guillermo Bedregal en su Breviario Histórico del MNR, libro escrito para describir el protagonismo del Movimiento Nacionalista Revolucionario en los últimos cincuenta años de la historia de Bolivia.

Se refiere, con total acierto, a que el golpe de julio de 1980 había empezado meses antes, cuando Luis Arze Gómez, jefe de la Sección Segunda de inteligencia militar, por instrucciones de su comandante García Meza asaltó los archivos del Ministerio de Gobierno y trasladó la documentación existente desde tiempos del control político en la década de los cincuenta, al gran cuartel militar de Miraflores.

Pocas semanas después los servicios de inteligencia militar denunciaron la existencia de un “plan siniestro contra la existencia de Bolivia” que sería ejecutado por “agentes incrustados en la sociedad boliviana”. Una nómina de cien terroristas fue ofrecida por el G-2 del Ejército, al gobierno de la señora Gueiler. Al pie del informe, invocando el “sagrado deber de velar por la integridad de Bolivia” se pedía expresa autorización de la Presidenta para desbaratar el supuesto plan a cualquier costo.

Al parecer la señora Gueiler no tuvo más remedio que estampar su firma al pie del memorando, que fue el punto de partida para que se cometiesen crímenes de Estado. El primero de ellos fue contra Luis Espinal, sacerdote jesuita asesinado por la policía civil en cumplimiento de órdenes superiores, cuyo cadáver cruelmente torturado fue encontrado en un basural. El mártir Luis Espinal fue el número uno, Marcelo Quiroga Santa Cruz había de ser el número dos.

Marcelo Quiroga Santa Cruz

Marcelo Quiroga Santa Cruz era un joven intelectual cochabambino formado en Chile y México. Había vuelto al país hacía muy pocos años y se había colocado a la cabeza de uno de los tres partidos socialistas en Bolivia.

Su pensamiento era muy claro desde un principio: denunciaba el mal uso que se hacía del poder político, de las tremendas contradicciones en que incurrían los distintos gobiernos y la acción imperdonable de destruir o entregar a la voracidad de empresas extranjeras los valiosos recursos naturales del país.

Censuraba el mantenimiento y desarrollo del aparato policial y militar, con menosprecio de otras muy importantes áreas como son la salud y la educación, valiente actitud que le granjeó muy pronto la enemistad y antipatía de jefes y oficiales de las instituciones armadas.

Marcelo adquirió pronto una gran capacidad de convocatoria. Su juventud, su sencillez y esa extraordinaria entrega al pueblo que se manifestaba, entre otras cosas, en una disposición a responder con sinceridad a las preguntas de los hombres de la radio y de la prensa, despertaron celos y enconos entre otros personajes políticos menos populares.

Muy pronto, Marcelo Quiroga Santa Cruz organizó su pequeño grupo de correligionarios, nombrándole Partido Socialista Uno para distinguirlo de los otros.

Había formado parte del gobierno militar del General Alfredo Ovando Candia , como Ministro de Energía. Le tocó tomar la iniciativa en la nacionalización de la Bolivian Gulf Oil Company, que arrancó de manos de la empresa americana.

Si bien la historia detrás de bambalinas documenta que la referida nacionalización fue en exceso compensada por el gobierno boliviano a la transnacional petrolera texana —para qué está la Embajada de los Estados Unidos—, la medida fue un estandarte de los sectores nacionalistas que propiciaban, desde cincuenta años atrás, que el país administrara sus recursos naturales y les añadiera valor agregado transformándolos en nuestro territorio.

Tanto el control de las ingentes riquezas en hidrocarburos, como la refinación en lingotes metálicos del estaño hasta entonces exportado como pedregones a refinerías inglesas y estadounidenses, podrían significar la retoma de las riendas de un destino nacional más venturoso. Por lo menos, esa era la intención de un capitalismo de estado que después fue corroído por una burocracia estatal de supernumerarios contratados al color de la prebenda y el servicio a la clientela política.

Pero por tales posiciones, tal como me lo corroboraría el mismo general Alfredo Ovando en Buenos Aires más tarde, los americanos no le perdonarían jamás a Marcelo y quizás la explicación de su muerte esté por estos rumbos.

El día del golpe

El 17 de julio de 1980 había sido un día como otro cualquiera. Como todas las mañanas, había dejado el hotel donde estaba morando después de mudarme con mi esposa y mis cuatro niños a La Paz, y tomé un taxi hasta Radio Cosmos, entonces en la calle Sucre.

Llegué a las 7:15 A.M. para dar lectura a mi comentario editorial y entregar las noticias matinales al gran público radial. Estuve allí más de dos horas. Luego salí para recoger

algunos papeles en una oficina de enfrente a la emisora, cruzando la calle. Cuando llegué allí, desde el segundo piso pude ver como irrumpían en la emisora gente armada que había llegado desordenadamente en dos camionetas. Eran los ya conocidos paramilitares:

—¿Dónde está Mauricio Aira? —, preguntaron.

—No está en la radio—, les respondieron.

Y procedieron a clausurar la emisora, cerrando así el centro periodístico de mayor oposición al golpe militar. Casualidad la de salvarme de ser detenido por el escaso margen de minutos, aparte de haber sido testigo del operativo paramilitar de mi búsqueda.

Alrededor de las 11 horas de aquel aciago 17 de Julio, al confirmarse la rebelión de la guarnición de Trinidad, Beni, claro signo del levantamiento militar, el viejo dirigente obrero Juan Lechín, quien había sido elegido Presidente del Comité de Defensa de la Democracia, convocó a reunión de éste organismo, acto previsible y cantado a voces con anticipación para cuando llegara a producirse el anunciado golpe de estado.

El Comité de Defensa de la Democracia estaba constituido por todos los partidos políticos vigentes con representación parlamentaria, o sea, los expresidentes Víctor Paz del MNR, Hernán Siles Suazo de la UDP, Hugo Bánzer de ADN y líderes políticos como Jaime Paz Zamora y Oscar “Motete” Zamora Medinacelli del MIR y del PC, línea Pekín, respectivamente, entre otros en que destacaba Marcelo Quiroga Santa Cruz, fundador del Partido Socialista Uno.

Algunos paramilitares y buzos esperaron discretamente desperdigados en el vecindario del vetusto edificio de la Central Obrera Boliviana, donde tenía que celebrarse la sesión. Cuando todos los defensores de la democracia estuvieron reunidos, alrededor de la una de la tarde llegaron simultáneamente cerca de cinco vagonetas ambulancia, de donde descendieron media centena de paramilitares, reclutados entre ex policías de investigación criminal, hampones, maleantes de la peor calaña y desocupados permanentes, todos armados hasta los dientes.

Dando ordenes de mando y disparando sus armas de fuego para amedrentar a una pequeña multitud que se había congregado en las afueras de la Avenida 16 de Julio para acompañar a los dirigentes políticos y sindicales reunidos, los esbirros irrumpieron en la sala de sesiones y obligaron a los concurrentes a salir por la escalera, anunciando que todos estaban detenidos. Toda esta operación quedó fielmente registrada en las cintas magnéticas que documentaban el desarrollo de la histórica sesión.

Anecdótico fue que para el Dr. Hernán Siles Suazo la impuntualidad le salvara la vida. Llegaba tarde al cónclave y a pocas cuadras de la Secretaría Permanente de la COB, los disparos que se escuchaban por toda la ciudad le advirtieron de ponerse a buen recaudo. Viró por un desvío y se refugió en alguno de los escondites que tenía siempre a mano para ocasiones semejantes.

Ante el atropello, líderes como Lechín, hombre experimentado en situaciones similares en su azarosa vida política y sindical, recomendaron prudencia, serenidad y no oponer resistencia a los armados.

No fue óbice para que Marcelo fuera identificado y ametrallado con una ráfaga que lo dejó herido y mató a un líder sindical vecino a él. El malherido Marcelo fue subido a una de las ambulancias y rematado en alguna de las casas de seguridad como aquella que conociera al comienzo de mi calvario. Su cadáver no puede ser encontrado hasta ahora.

Testigos sobrevivientes destacan que la animadversión contra Marcelo fue notoria desde el primer momento. En la toma de la Secretaría de la COB le buscaron y provocaron deliberadamente, así como buscaron sin éxito al Dr. Siles Suazo, en aquel momento representante de una oposición de avanzada al militarismo.

Los paramilitares actuaron de un modo típico, como los famosos escuadrones de la muerte en las guerras contra revolucionarias de Argentina, Chile, Colombia, El Salvador, Guatemala.

Eran mercenarios y asalariados que mataban cumpliendo las sentencias que los falsos nacionalistas a ultranza dictaban a control remoto desde tenebrosos conciliábulos, en el marco de la nefasta doctrina de la seguridad nacional.

Marcelo Quiroga Santa Cruz fue asesinado y luego nadie quiso asumir la responsabilidad civil de su desaparición. Burlón, Luis Arce Gómez dijo que fue un disparo fortuito y el dictador García Meza, sarcástico, declaró que cuando Marcelo murió aún gobernaba Lidia Gueiler, la Presidenta Constitucional.

El crimen se inscribe entre tantas otras crónicas de sangre, que se inspiran en aquella necesidad de eliminar a los enemigos de dentro por ser un factor de riesgo a los designios de dominación de ciertos grupos hegemónicos opuestos a los principios democráticos.

El escenario y las circunstancias me recordaron la forma ideal de eliminar a los opositores, justamente de la forma que el coronel Canido, jefe de inteligencia (G-2) de la Octava División en Santa Cruz, me la había descrito.

—Los argentinos nos recomendaron—, me había dicho el militar en presencia de Juan Carlos Camacho, —que reunamos a los rojos en un sólo cuarto y los hagamos volar a todos juntos. Vaya receta criminal.

García Meza llegó al poder asesinando ciudadanos indefensos, cerró el Poder Legislativo, aterrorizó a los Magistrados del Poder Judicial y se encaramó en un gobierno calificado por los historiadores como “terrorista y tiránico”.

Soldado, no matarás

Recuerdo con claridad el llamado a la resistencia al día siguiente del golpe militar, escritas en volantes, llamados poéticamente palomitas, que palomas de palabras eran.

Junto a Jaime Bedregal, Fernando Baptista, y Mario Sanjinés Uriarte ex-ministro, ex-embajador y conocido correligionario del Dr. Hernán Siles Suazo, habíamos lanzado a la circulación miles de palomitas impresas en una máquina multicopiadora. En pocas palabras condenábamos el bárbaro asalto al poder y el asesinato de Marcelo Quiroga Santa Cruz y de otros por las bandas alevosas transportadas en ambulancias.

Los cuatro amigos teníamos en común una profunda bronca, y una infinita impotencia por todos lo que estaba ocurriendo. Los cuatro compartían techo en el Hotel Capitol de Cochabamba.

Advertíamos del imperio de patotas de paramilitares a las que el quinto mandamiento de "no matarás" se había concedido convertir en orden de asesinar. Todo en nombre de salvaguardar “los más altos intereses de la patria”, según los percibían los militares.

Condenábamos las consignas comunes de gran parte de los uniformados armados del continente, aleccionados por la doctrina estadounidense de la seguridad nacional, veneno doctrinario que inspiró los más feroces crímenes en tantos países pobres y dependientes de la América Latina:

—“Soldado de la Patria, niégate a disparar contra tus hermanos. Los enemigos de Bolivia están fuera de ella. Los mineros y los estudiantes son también bolivianos. Los gorilas quieren el poder para llenar las cárceles de patriotas y vender Bolivia a los pichicateros. No dispaes a matar. Dispara al aire. Soldado, no matarás”.

Por ello es que desde el primer día había comprendido que no quedaba otra solución que prepararse para la lucha. No se podía claudicar y buscar una convivencia con los militares golpistas. Luchar, caer preso y morir. Y como alternativa ser echado del país, perspectiva esta última que se había cumplido dramáticamente. Ya me llegaría el día del destierro.

Varias semanas después de llegar a Buenos Aires, con la barba crecida y un desarreglo general y ya sin recursos aparte de mi carácter e iniciativa personal, conocí a un amigo argentino, Carlos Pastor. Hombre sensible que oyendo mi historia me dedicó un verso a

propósito del valor de los que escriben:

*Pluma, cuando considero
los agravios y mercedes,
el bien y el mal que tu puedes
causar en el mundo entero,
que un rasgo tuyo sereno,
puede matar a un tirano
y que otro torpe y liviano
manchar puede un alma pura,
me estremezco de pavora,
al estrecharte la mano.*

Valen las rimas del argentino para Marcelo Quiroga Santa Cruz, Luis Espinal y los centenares que en Bolivia han sido asesinados, han padecido las penurias de la prisión y han sufrido el desgaje del alma por el exilio.

Las lecturas subversivas de mi padre

Mi padre era la antítesis del revolucionario. Hombre de familia, pulcro, bien vestido y mejor comido, era más un típico burgués y estaba lejos de ser el prototipo de revolucionario latinoamericano barbado y de mirada febril que llegué a conocer en Suecia en los posters y poleras del Ché Guevara, aquellas que exhibían, orgullosos, algunos de mis compañeros de universidad.

Intentaba explicarme a mí mismo cómo un hombre sin haber tomado jamás un fusil ni un revólver, ni ser parte de una organización política con planteamientos temerarios, se constituyó en un enemigo de un régimen de facto. Alguna vez mi padre comentó que el dictador García Meza le había querido embarcar en el proyecto de su golpe de estado, asunto que mi padre había rechazado con energía. Pero eso no bastaba para explicar el encono.

Entre las lecturas de mi padre destacaban una aporreada versión de Pedagogía del Oprimido del brasileño Paulo Freire y otro de Bolivia: el desarrollo de la conciencia nacional del sociólogo boliviano René Zavaleta. La Historia de Cristo de Giovanni Papini, obras completas de Jackes Maritain, y la infaltable Sagrada Biblia de Eloino Nácar y Alberto Colunga. Todas en versión de bolsillo, mi madre insistió en esconderlos dentro del equipaje para devolverlos a quien seguramente los había leído una y otra vez, cuando se volvieron a encontrar luego de su expulsión de Bolivia.

Creo que la veintena de años de ejercicio periodístico a través de la radiodifusión de mi padre en Bolivia se nutrían de la fuerza de las ideas de Freire y Zavaleta. Deduzco también que son los intelectuales los verdaderos enemigos de las tiranías, tal vez porque piensan y tienen una proyección mental algo diferente a la de los demás. Solo así se explica la vigencia de obras literarias de autores revolucionarios, cuyas biografías siguen influyendo en la mente de los jóvenes.

Obras como las del Ché Guevara, del padre guerrillero Camilo Torres, de Catalano o de Gutiérrez han sido prohibidas y en muchos casos incendiadas como producciones diabólicas para los nefastos designios del capitalismo, que ve en el pensamiento libre el freno a sus planes de dominar y sojuzgar a las masas.

Son libros que han sido de plano prohibidos en América Latina, aunque en Europa circulen libremente. Quizá porque cuestionan esa mal llamada independencia a partir de la primera década del siglo XIX, que fue solo una transferencia del poder de los españoles a los hijos de éstos, los criollos nacidos en las colonias.

El poder político continuó en manos de los ricos, además de derivar a los tentáculos de otras

metrópolis extractivas —Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Italia, etc. — que han usufructuado del trabajo y la riqueza de los pueblos americanos. Aunque pocos quieran reconocerlo, en los hechos las civilizaciones nativas fueron desplazadas por el colonialismo y sus pueblos son ajenos a decidir su destino, aunque nadie quiera reconocerlo.

Pero en el siglo XX la Iglesia Católica, mejor tarde que nunca, empezó a escuchar a los pobres y reconocer que fueron objeto del gran despojo de sus tierras, de sus riquezas, de su personalidad y de su historia. Con su Teología de la liberación se abrió un nuevo capítulo de las relaciones de los pastores con su rebaño.

Hoy en día, claro está, el imperialismo es más sutil. Trata de no entrometerse en asuntos domésticos, es más, ya no elige a hombres, sino a sistemas. Elabora acuerdos, otorga créditos y asistencia económica, técnica y científica. Los convenios tienen que cumplirse a raja tabla, independientemente de quién gobierne. Los acuerdos son sagrados y todo el aparato del neoimperialismo está para hacerles cumplir: Fondo Monetario, Banco Mundial, Organización del Comercio, y la mayoría de los gobiernos son controlados por Estados Unidos, por Gran Bretaña, por el Grupo de los Ocho. Son entes que otorgan “beneficios” a manos llenas y luego exigen su contraparte por las dádivas que conceden a los gobiernos dependientes: la sumisión, el voto en organismos como Naciones Unidas, donde ejercen un control indirecto. En cada país, el imperialismo tiene sus partidos políticos y su prensa.

Gotemburgo, mayo de 1987, Arturo Aira, estudiante universitario.

Capítulo Tercero

Fiat voluntas tua

Era sábado a la medianoche cuando desperté después de dormir de un tirón más de veinticuatro horas, tal era el estado de nervios y la tensión a los que había sido sometido en los diez últimos días desde mi detención en La Paz. Ahora me costaba aceptar que había sido trasladado a miles de kilómetros de distancia.

Solo, desamparado y hambriento, caminé a un restaurante vecino, pedí un bife, algo de vino y café. Luego de comer volví a mi habitación en el Hotel Savoy de la avenida Callao para cavilar sobre mi situación hasta que Morfeo, piadoso, me llevó otra vez a sus parajes de sueños inquietos.

Uno de los graves problemas del exilio es la supervivencia en condiciones dignas. El hambre es un compañero real y evidente y era claro que no podría escapar a esta regla. Para mí también, pronto empezaban los problemas prácticos, había que pagar la cuenta del hotel y bueno, había que comer.

Pero el problema que más me preocupaba era la situación de la familia allí en La Paz. Era presa de una angustia indefinible pensando todo el tiempo en mis hijos y en mi esposa. ¿Cómo podrían mantenerse allí, con qué medios hacer frente a los problemas de alimentación y supervivencia? No se vislumbraba ninguna solución, bienes no teníamos de ninguna naturaleza y nuestros hijos eran todos menores, de catorce, doce, diez y ocho años, que no podían de ninguna manera valerse por sí mismos.

Recién el domingo 15 me animé a salir a caminar por la avenida Callao. Recorrí el minicentro de Buenos Aires. Llegué hasta la Avenida Constitución, donde está el impresionante monumento a la revolución de 1810. Pero el templo argentino a su democracia estaba cerrado.

Deseaba asistir a la misa dominical, de modo que busqué un templo. Cerca estaba el de los Jesuitas, llamado El Salvador. Me sorprendió encontrar una iglesia tan grande y tan llena de gente. Costó abrirse paso y conseguir un buen lugar cerca del altar mayor. Desde allí acompañé con devoción y profundo recogimiento todo el santo oficio. Lloré por dentro todo el tiempo, entremezclando sentimientos de gratitud por conservarme Dios con vida, de honda amargura por todo lo que pasó, de preocupación por mis hijos y mi esposa que habían quedado tan lejos en el desamparo.

Por muchos años había de recordar el canto de la comunión de esa misa solitaria en medio de la multitud de fieles argentinos: “Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre, en la arena he dejado mi barca, junto a Ti buscaré otro mar”, que entoné fervoroso, con clara pero temblorosa voz. Hice un acto de fe sincero y contrito, y me acerqué a la mesa común donde tomé el pan de los pobres e imploré:

—Como en otros momentos de mi vida, estoy enteramente en tus manos, Señor Jesús. No me desampares, cuida de los míos, dales tu protección e insúflales la fe que fortalece. Que se haga tu voluntad. ¡Fiat voluntas tua!

¿De la sartén a las brasas?

La Argentina vivía también una noche negra. Como en Bolivia a la Presidenta Lydia Gueiler, un nuevo golpe militar había encarcelado a su Presidenta Isabel Perón y colocado a los uniformados en la administración nacional.

La historia de los desaparecidos era cosa de cada día, en todas partes se respiraba un aire de desconfianza, de callada sospecha y miradas recelosas. El imperio del miedo y el terror había logrado sus efectos, el pueblo argentino de generoso, confiado y bonachón se había convertido en vigilante, susceptible y reservado.

Mi situación de exiliado en la Argentina era frágil. Había ingresado a este país con un salvoconducto. Una simple hoja que decía: viaja sólo, viaje de ida; no era ningún pasaporte. Este salvoconducto daba derecho a quedarse legalmente en el país tres meses a lo sumo y luego vendría la clandestinidad y la posibilidad cierta de ser detenido.

Por el trabajo periodístico conocía de sobra la suerte de los desaparecidos en la nación de Gardel y de Borges. En pocos países del globo se había desatado tan feroz persecución y represión a la gente de la izquierda del espectro político. Se estaba escribiendo en aquel momento la más sangrienta historia argentina de los tiempos modernos. Los desaparecidos sumaban treinta mil y Buenos Aires era el centro de esa brutal represión.

Para llevarme de la sartén a las brasas bastaba una leve denuncia. Por ejemplo que el propietario del hotel llamara a la policía y denunciara que un exiliado boliviano no pagaba la cuenta. La detención habría sido inmediata, sobrevendrían los interrogatorios y quien sabe...

En ese contexto tenebroso, pero armado de optimismo y esperanza, al día siguiente dejé muy temprano el hotel y me encaminé hacia la Cámara Argentina de Turismo. Esperaba encontrar a Antonio Gómez, presidente de dicho organismo. Le había conocido pocos meses antes, en el Segundo Congreso Interamericano de Hoteles en Río de Janeiro.

Gómez era el propietario del Grand Hotel y me invitó a tomar un trago juntos y conversar sobre las posibilidades de empleo cuya necesidad le había adelantado.

Quedé muy contento del resultado de la entrevista, donde aparte de volver a lo que otrora fuera cosa rutinaria en Bolivia, cócteles y cena con un amigo, a partir de ese momento tuve además el beneficio de contar con las oficinas de la Cámara Argentina de Turismo, para escribir sendas misivas a mi Jenny, a Ricardo Rojas y a Guillermo Cáceres, estas últimas para dejar en claro los asuntos pendientes de mi último empleo en Bolivia.

Mi último empleo en La Paz había sido como Gerente de la Cámara Boliviana de Hoteles y como tal estaba al tanto del movimiento hotelero. Con estos antecedentes y con el respaldo del ingeniero Gómez, luego de haber leído bastante material en las oficinas de su institución elaboré un informe y algunas sugerencias para mejorar y fortalecer la Cámara Hotelera Argentina.

El documento fue dejado en manos de Gómez y éste consideró muy interesante la proposición aunque no formuló ninguna promesa de darme trabajo. Se habló en todo caso de la necesidad de legalizar mi permanencia en Argentina. Como condición previa antes de pensar en alguna pega, tendría que ir a ver un oficial de Inmigración y hablar con él del tema.

Pero continuaban, como espina en el corazón, las cavilaciones sobre lo que podría convertirse en un caer de la sartén a las brasas. Asustado como un Adán expulsado del paraíso que miraba receloso los peligros que me acechaban, había deambulado a lo largo de la avenida Callao, mirando vitrinas y deteniéndome —como siempre lo hacía por costumbre— a leer carátulas de libros en los escaparates.

El primo de Pérez Esquivel

Llegué a uno que parecía una librería católica, alejándome unos metros miré la marquesina, Librería San Pablo. Entré confiado y estaba hojeando un libro y otro, cuando se me ocurrió preguntar discretamente si alguno conocía las oficinas de Derechos Humanos.

Un empleado se dirigió a otro, éste se le acercó casi al oído. Luego asegurándose de que nadie le oía, me dijo:

—Si usted vuelve por aquí al cerrar el negocio, como a las siete de la noche, lo llevaré yo mismo.

—Descuide, yo estaré de vuelta.

Salí a la calle y miré el reloj. Faltaban tres horas para las siete, de modo que decidí volver al hotel, entrar en la habitación y tomar una ducha, la tercera del día.

El calor de Buenos Aires en los meses de enero y febrero es pegajoso y el aire se vuelve caliente. Curioso contrasentido el que se lo combata tomando café todo el tiempo para

combatir los 30 ó más grados del tórrido verano. Una gran parte de los negocios estaban cerrados, lo mismo que las industrias. Miles de bonaerenses se marchaban a sofocar los calores capitalinos en las playas de Mar del Plata o de Punta del Este en el vecino Uruguay.

A la hora convenida estuve de regreso a la librería. Le tendí la mano al librero de mediana estatura, frente amplia y ojos brillantes:

—Soy Mauricio, fui detenido y expulsado de Bolivia por los militares. Estoy desesperado. Necesito ayuda.

—Me llamo Norberto y soy primo de Adolfo Pérez Esquivel, exiliado como usted—, me dijo. Pérez Esquivel ganaría posteriormente el Premio Nobel de la Paz por su defensa intransigente de los derechos humanos.

Norberto estaba casi febril de poder ayudar:

—Tiene usted suerte, pues las oficinas están muy cerca, a pocas cuadras de aquí sobre esta misma avenida y justamente a esta hora siguen abiertas aún, ya que se trata de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos.

Pareja de amigos recientes, nos encaminamos con paso firme hasta un conjunto de edificios altos, ubicados precisamente frente al templo adonde había ido a misa el día anterior. No había ningún letrero, salvo un pequeño papel en una pared lateral: Asamblea Permanente de Derechos Humanos, Oficina 36. Ingresamos por una puerta lateral, subiendo y bajando escaleras hasta llegar allí.

—Buenas noches, vengo acompañado por un compañero boliviano que ha estado preso y ha sido expulsado.

Conocí entonces a Alberto Airala y a Eduardo Pimentel, presidente de la Asamblea. De inmediato me pidieron hacer una relación de mis vicisitudes en una máquina de escribir que pusieron a mi alcance.

—Ya podemos imaginar cómo lo estás pasando. Toma algo de dinero y ven por aquí mañana, que te presentaré al Dr. Augusto Comte McDonell, vice-presidente de la Asamblea y miembro de la Democracia Cristiana, estoy seguro que él podrá encaminarte y sugerirte qué es lo que puedes hacer— afirmó Alberto, quien luego me acompañó de regreso al hotel.

Al día siguiente pasé por la librería San Pablo para dar a Norberto las gracias y noticias del resultado de la entrevista y seleccionar algunos libros de lectura. Yo seguía incrédulo de que tan pronto mis oraciones hubieran sido atendidas. Musitaba una breve frase de gratitud: ¡Gracias a Dios!

El Hombre de la Mancha

Pasaban los días en rutinas sin trascendencia, del hotel a la Cámara de Hotelería, a la oficina de Derechos Humanos, y así llegó otro fin de semana. De nuevo la soledad y el sobresalto. ¿Qué hacer? ¿Qué va a ser de mí? Todavía no había una solución en claro y la espera, preñada de incertidumbre en cada hora, con extremos de entusiasmo y de pena, se tornaba angustiada.

Cuando no hacía mucho calor o no llovía, me complacía con grandes paseos recorriendo este fabuloso Buenos Aires, urbe que por las noches arrojaba enjambres de gente a las calles, la mayoría bien trajeadas y en busca de diversión. Conté entonces más de quince teatros en la zona central, entre Corrientes y Santa Fe, Suipacha y Callao. Más de treinta y cinco cinematógrafos, restaurantes por los centenares y casas de diversión por docenas.

Por lo corto de recursos como andaba entonces, apenas podía animarme a una taza sin pasteles del negro brebaje en los ubicuos cafés de la capital porteña.

Pero una noche tiré la casa por la ventana y decidí entrar a una función de teatro. Estaba en cartelera El Hombre de la Mancha, extraordinaria obra basada en una recreación entremezclada de Miguel de Cervantes Saavedra y su personaje Don Quijote. Fueron dos horas intensas de la pieza, que por ser de gran valor estuvo doce años en el escenario de un teatro neoyorquino,

tres años en Madrid y en Buenos Aires iba por los seis meses. La obra había sido representada también en Cochabamba teniendo por protagonista al gran actor dramático Eduardo Dabura, con la extraordinaria participación del Instituto Laredo dirigido por don Franklin Anaya. El suceso artístico fue grande, aunque faltó el respaldo del público.

Es necesario situarse en las circunstancias del que vive angustias o padece penurias para entender la emoción en participar de aquella obra teatral, cuyas escenas durante mucho tiempo no podría borrar de la mente.

Recuerdo a Sancho al pie del lecho de enfermo de su amo y señor Don Quijote. El Quijote delira y sueña:

—¡Sancho! —, le dice, —¡prepárate! Un mundo entero espera por nosotros, tierras que conquistar, nuevas aventuras nos aguardan...!

Sancho responde:

—¿Más desventuras todavía?

En su sencillez de campesino, llevado por su credulidad y lealtad al noble caballero, le había seguido en su quimera caballerescas por las tierras de La Mancha padeciendo privaciones e infortunios. Estaba en verdad agotado de tanto sufrimiento.

Don Quijote, al borde de la tumba, consecuente con su espíritu aventurero, soñaba con más episodios de dramas y combates. Para el visionario y romántico caballero, esto era la vida: la aventura y la conquista. Para el pobre escudero, cansado de velar por el amo y de soñar con la ínsula prometida, esto significaba nuevas desventuras y desgracias.

El mismo caballero enamorado tenía cerca de su lecho de enfermo a su dulce ilusión, la Dulcinea de sus sueños, quien llorando de angustia por la postración del ilustre moribundo, deseosa de cumplir los mandatos de su señor y su patrón, segura de merecer su confianza y presa de gran confusión ante el exquisito trato que le dispensaba Don Quijote, se formulaba interiormente, la gran pregunta:

—¿Qué quieres de mí?

Salí del teatro camino a la solitaria habitación de hotel y cavilé sobre una humilde Aldonza Lorenzo convertida en bella Dulcinea por la fantasía quijotesca. Pensé en su cuestionamiento interior y convertí la frase de Dulcinea en una oración. Desde entonces repetía una y otra vez:

—¡Señor! ¿qué quieres de mí? — y me encomendaba a Dios, sintiéndome como pecio flotante en la marejada del naufragio de la democracia sudamericana.

Penurias del exilio

Proyectando el anhelo de quien espera una manifestación de la voluntad divina, un milagro, al día siguiente me dirigí a las oficinas del Lloyd Aéreo Boliviano (LAB), la línea aérea nacional de Bolivia, para preguntar si había alguna carta, alguna noticia de mis seres queridos.

Eduardo Morales me recibió con un gran abrazo:

—Viejo, ¡qué pena siento por tu situación!, toma 100 dólares, sé que no son muchos, pero algo te ayudarán en éste caso. El coronel Jorge Rodríguez desea verte en la Embajada.

Me sentí reconfortado, no había sido en vano que trabajé en el LAB como Jefe de Relaciones Públicas, ni vana mi costumbre de acoger nuevos amigos. Uno de ellos era Eduardo Morales, agente del LAB en Buenos Aires.

Encontró además una carta de mi esposa en respuesta a la que le enviara desde el avión en que salí deportado, no sin antes pedirle a una azafata de la nave que buscara a mi esposa en La Paz. Hacía veinte días que no mudaba el terno de color plomo y azul con que me había vestido el día de mi detención en La Paz. Pero además, la dieta forzada y la angustia me habían hecho adelgazar casi ocho kilos y la ropa me bailaba en el cuerpo.

Jenny me informaba que mandaba una maleta y 200 dólares. Pero nunca imaginé los engorrosos procedimientos para retirar la maleta de la aduana en el Aeropuerto de Ezeiza.

Tuve que cumplir trámites durante dos días para retirar los adminículos y la ropa que necesitaba con urgencia, afrontando además el tormento de un sol abrasador y con la ansiedad de andar con los bolsillos vacíos.

El diario Clarín de Buenos Aires publicaba noticias desastrosas para Bolivia, con un gobierno bastardo ligado al tráfico de drogas. Parecía que se trataba de crear en Argentina una opinión adversa al gobierno militar boliviano, al parecer fuertemente comprometido con bandas de narcotraficantes. Se podía apreciar en esta intención la mano de los estadounidenses, que habiendo sopesado la situación política en el país vecino, habían resuelto desenmascarar a los narcotraficantes y sus aliados políticos.

Racionalicé como periodista que el mensaje entre líneas era que la poderosa embajada de Estados Unidos no estaba contenta con el nuevo gobierno. Si no tienen el apoyo de los norteamericanos —pensaba— no puede durar mucho tiempo el régimen. Esto significaba un endurecimiento del control sobre los ciudadanos y sobre los militares disconformes.

Este fue el tema de la conversación con el coronel Jorge Rodríguez, quien no obstante ser parte de la representación diplomática boliviana, era claramente opuesto al grupo de García Meza. El militar había llegado hacía poco a Buenos Aires como Agregado Aeronáutico y no había terminado de instalarse en un departamento que acababa de arrendar. Se portó noble y generoso, me abrió las puertas de su amistad, invitándome un par de veces a su departamento donde vivía con modestia, y comimos sentados sobre cajas de madera.

Los medios económicos estaban agotándose, de modo que había que apurar las soluciones. La angustia se ahondaba a la par de que las cartas que llegaban de Bolivia remarcaban que continuaba vigente el estado de sitio y las reglas de excepción, que facultaban al régimen de facto a utilizar la fuerza para imponer el orden, prohibían las manifestaciones y el normal funcionamiento de las instituciones.

Si bien mi esposa había enviado algo más de dinero para afrontar los gastos que demandó la recuperación de la valija en los interminables trámites de la burocracia aduanera, Febrero había sido un mes de pesadillas, un tiempo para repasar los acontecimientos y empezar a hacer frente a las nuevas realidades. Ahora estaba en un país ajeno, lejos de mi patria, de mi esposa y mis hijos. Tenía unos pocos amigos, pero mal podía estar viviendo de su caridad para siempre. Dadas las circunstancias, volvía la sensación de una eternidad de desamparo. Me ponía a pensar de nuevo en los míos, casi de un modo mecánico, aterrado por la idea de tantos meses sin mi apoyo. ¿Qué haría mi esposa?; ¿qué cosa podrían hacer mis pequeños hijos?

Traté de acomodar mi tiempo manteniéndome ocupado con la lectura de diarios y libros. Desarrollé una rutina diaria entre visitar el Palacio San Martín, proseguir los trámites ante las oficinas de Naciones Unidas y las visitas al Lloyd Aéreo Boliviano en búsqueda incesante de noticias de Bolivia.

Con el pasar de los días, advertí cierta desconfianza entre la gente de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos. Ciertamente una cosa era que todos ellos anduvieran ocupados en sus actividades propias y otra que no tuvieran la suficiente amabilidad y paciencia conmigo. Eran cavilaciones producto de mi estado de ánimo, que se sucedían al advertir, por ejemplo, que se negaban a prestarme el teléfono. Quizá temían verse comprometidos. En medio de su propia versión de terror represivo, algunos de ellos ya habían sido detenidos, sentían temor por la persecución y les asistía una prudencia que me parecía excesiva.

La vocación de un exiliado

Dios y Patria eran dos marcas indelebles estampadas en el carácter de mi padre por la educación cristiana recibida de instituciones y ordenes religiosas, que señalan hitos de obra ejemplar en Bolivia.

Mi padre había quedado huérfano de su madre a los dos años, quien por problemas

ginecológicos murió siendo muy joven. Luego perdió a su padre, quien dejó este mundo a la edad de 54 años. Su formación temprana se debió a las religiosas de Santa Ana, que hicieron las veces de verdaderas madres educadoras allí en Potosí, en la casa del Hospicio de Ancianos de San Roque.

Muchas jornadas de los inviernos en el templo católico del Cristo Rey fueron matizadas por entonaciones en latín de mi padre. El Credo in Unum Deum, del Ave María, el Tantum Ergo Sacramentum, el dulce canto del Salve Regina y del Pater Noster. Eran oraciones que cantaba sin cometer un sólo error y en voz estentórea. También conocía una serie de canciones italianas, porque la orden religiosa era de origen romano y entre sus educadoras tenía algunas italianas, aunque también habían bolivianas.

Mi viejo gustaba recordar el Hospicio donde pasó largos meses, mientras su padre, nacido en Barcelona, se hallaba de viaje trabajando como concesionario de los coches comedor de los ferrocarriles bolivianos.

Recordaba por lo menos a tres religiosas: la Madre Mausestina, no precisaba siquiera si así se escribía, pero sí la rememoraba alta, rubia, blanca, muy bien parecida pero enérgica: ella le había enseñado a leer.

La madre Ildefonza, que era la superiora, le tenía particular afecto y de niño le tenía mucha confianza. Luego había una joven religiosa cruceña, morena, bajita y muy cariñosa. Recordaba que el chófer del convento hacía muchas bromas sobre ella, refiriéndose a su belleza y juventud.

En el convento de la Hijas de Santa Ana en Potosí se celebraba con gran pompa el 15 de agosto, día de San Roque. En vista de que la nave mayor del templo había sido destruido por alguna catástrofe, la pequeña capilla adyacente se llenaba de miles de campesinos vestidos de diablos y de morenos y bailaban alrededor de la pequeña imagen del santo patrono de los perritos y la conducían en hombros de un lado a otro.

Casi podía ver a San Roque con su traje de caballero español del medioevo, de color guindo y vivos amarillos, con un sombrero de plata, a sus pies un perro fiel, que, por supuesto, tenía la particularidad de curar con la lengua las heridas lacerantes de los amigos del santo.

Había una treintena, tal vez más, de ciegos en el hospicio. Mi padre, entonces de unos siete años, jugaba con ellos, especialmente con los niños, cuyos nombres conocía de memoria. Aprendió a cantar, a tocar la batería y otros instrumentos como el charango, la quena. El idioma quechua era su lenguaje de cada día.

Protagonistas centrales de este cuadro fueron los invidentes, especialmente Luciano Quispe, a quien encontraría años después convertido en dirigente gremial de los voceadores de periódicos. De ellos había aprendido algo vital: a usar de la palabra como instrumento de comunicación. Su vivencia con los que no podían ver la luz del sol, le había enseñado que la palabra es el atributo mayor que el hombre ha recibido de Dios. Allí le nació la vocación por la comunicación social.

Gotemburgo, mayo de 1987, Arturo Aira, estudiante universitario.